

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00 .
" Extranjero, " 1'50 .

ANTE EL PELIGRO

Los malos pastores y el pueblo

Después del descubrimiento, en las playas de Cartagena, de unos depósitos de aprovisionamiento para los submarinos alemanes, establecidos en connivencia con los negociantes *neutralistas* españoles, puesto que según afirma *La Correspondencia de España*, «sin miedo a rectificaciones», eran usados no solo para dejar mercancías españolas consistentes en explosivos, gasolina, grasas y viveres que luego recogían los submarinos, sino también para dejar mercancías alemanas que eran recogidas por los que negociaban con el crimen de la guerra, habiéndose comprobado que por la noche saltaban a tierra tripulantes de los submarinos y celebraban conferencias con personas residentes en Cartagena y con otras que allí acudían de Madrid y de otras partes; después de este acontecimiento, la farsa parlamentaria se ha demostrado una vez más en el Congreso de los diputados, permitiendo al fin el Gobierno que Lerroux hiciera declaraciones *guerreófilas* en la Cámara, con el deliberado propósito de facilitar un «triumfo» a Romanones, su amigo y comensal del Hotel Ritz, y finalizar así la comedia cerrando el Parlamento.

Pero aparte de la farsa ridícula de las Cortes parlamentarias, los caciques políticos que están al frente de los partidos conspiran seriamente contra los intereses del pueblo que por su ignorancia los encumbró y contra la vida de los hombres que constituyen este mismo pueblo. El descubrimiento en aguas de Cartagena de un gran depósito de materias bélicas facilitadas por los negociantes y políticos germanófilos y destinadas a los submarinos alemanes, con la correspondencia hallada relativa a Madrid, Zaragoza, Bilbao, Alicante, Tarragona y San Feliu de Guixols, lo que demuestra la existencia de otros depósitos análogos; y, por otra parte, el contrabando favorable a Inglaterra y Francia ejercido por los negociantes aliadófilos y por los políticos del mismo jaez laborando para hacer ambiente popular favorable a la guerra con objeto de que el pueblo pueda ser fácilmente arrastrado a la matanza, son hechos que patentizan un peligro grande.

Pero los anarquistas hemos de desvirtuar todas cuantas maquinaciones hagan unos y otros, procurando salvar del peligro al pueblo español.

Ya no son solamente algunos políticos burgueses los que hacen declaraciones favorables a la guerra; algunos llamados socialistas hacen ya lo mismo en esta nefanda labor de preparar a las masas para que secunden sin protesta una intervención armada...

El siguiente retazo que cortamos de *La Aurora Social*, de Oviedo, demuestra lo que decimos:

«Somos pacifistas porque nuestro credo aspira a la pacificación universal. Somos antigermanófilos porque Alemania fué la que encendió la guerra, que existía latente, es cierto, por el choque constante de los intereses materiales de los grupos capitalistas de los diferentes países, pero que no hubiera estallado si Alemania no aplicara la mecha a la cargada mina. Ahora bien, nuestro pacifismo no está en pugna con nuestra dignidad de ciudadanos de un país europeo; antes bien se afirma al defender nuestra dignidad nacional de los injustos atropellos que vengan de fuera. Si España no hace la guerra a ningún país y cualquiera de los beligerantes adopta contra ella actitudes belicosas equivalentes a una situación de guerra, es lo natural que España se defienda como pueda y que nosotros, socialistas, no dificultemos con reparos sentimentales la defensa nacional.»

Así esbozan ya su actitud algunos *prohombres* del socialismo español en previsión de posibles acontecimientos. Ahora bien, Alemania no puede, aunque quisiera, invadir el territorio español; se lo impide la situación geográfica. Tampoco puede ser invadida por Francia, pues España no es ningún paso favorable para sus ejércitos como lo fué Bélgica para los Alemanes. Solo Portugal podría tener necesidad de este

paso, pero esta pequeña nación no pinta casi nada en esta guerra; fué arrastrada a la intervención por compromisos anteriores con Inglaterra; su ejército, de bien poco puede servir a los aliados en las trincheras francesas.

La intervención de España en la guerra, pues, no puede ser provocada por ninguna invasión. Portugal mismo no ha sido invadido ni podrá serlo en esta guerra. Los españoles, interviniendo en este monstruoso crimen europeo, no sería para defender nuestra «dignidad nacional» ni para guerrear dentro de la península como en la invasión napoleónica, sino que el pueblo español iría a la guerra fuera de su país a dejarse matar y matando para defender intereses que no son suyos, que son contrarios a sus propios intereses.

Pretender preparar al proletariado español favorablemente a la guerra pintándole invasiones imaginarias y agresiones a la «dignidad nacional», es un engaño burdo y una canallada inculcable en los que se dicen socialistas.

Pero los trabajadores españoles han adquirido ya cierta consciencia propia, y saben que su guerra no es esta; que a suya irán cuando las circunstancias lo determinen y que ella será la verdadera guerra por la civilización y la libertad, no solamente atacadas hoy por todos los gobiernos beligerantes, sino ridiculizadas también por sus partidarios de las naciones neutrales.

Podríamos equivocarnos, pero tenemos la convicción de que el mismo Gobierno fracasaría si tomara actitudes bélicas; que su fracaso sería mayor que el de esos *laborantes* preparadores de la masa, y que la orden de movilización sería contestada con rebeldías e insubordinaciones.

Los que creen que la masa del pueblo español es incapaz de moverse en sentido revolucionario ante la actual guerra si en ella se le complicara, están tan fuera de la realidad como los que creen que dicha masa es de fácil manejo para cualquier apto *manipulador*. A los primeros se les figura que las energías del pueblo están muertas por completo porque ya hoy no se hacen barricadas para sustituir a unos tiranos por otros; y los segundos se engañan también si porque un insignificante átomo de la masa aplaude la presencia de algunos *leaders*, creen que éstos pueden arrastrar al pueblo a esta guerra.

A la masa obrera ya no la arrastra nadie; y esto, que para algunos es signo de decadencia, es al contrario, un signo de consciencia individual y por lo tanto de mejoramiento.

Los partidos políticos que años atrás pudieron reclutar millares de hombres dispuestos a matarse mutuamente por un tirano negro unos, rojo otros en la guerra civil, ya no tienen para ello influencia alguna en la masa; el ofrecimiento de los diez reales y las alpargatas no ha dado ya resultados posteriormente, ni en periodos de miseria.

Y es que el pueblo obrero que forma la gran masa empieza ya a ver claro, y por eso no se mueve más que por sus propias voluntades.

Inútil, pues, que ciertos políticos *agitadores* pretendan arrastrar a los obreros hacia donde quieren sus conveniencias y negocios combinados con los gobiernos beligerantes. El proletariado sabe ya lo bastante para no dejarse arrastrar; el obrero menos inteligente sabe que en esta guerra sólo se juegan intereses de sus enemigos; el proletariado militante, sabe que el derecho, la libertad y la emancipación de los pueblos y de los individuos se hallan en la igualdad económica y que solo podrán ser una realidad eliminando las causas que producen los males existentes que todos los gobiernos y partidos políticos eternizan.

El proletariado se batirá, sí, en su día, pero con la orientación revolucionaria encaminada a conquistar su libertad y sus derechos—los verdaderos derechos del hombre—en consonancia

con sus propias aspiraciones y con sus actuales luchas parciales contra las demasías del capitalismo en todas las naciones, capitalismo que es el engendrador de la guerra y que de su engendro se nutre.

La experiencia en cabeza ajena durante tres años de guerra, la constante agitación obrera con sus demostraciones de solidaridad cada vez más general, patentiza bien que los venideros acontecimientos, sea la que sea la causa provocadora, adquirirán el carácter social que hoy está ya en el alma de las masas porque está en la consciencia de muchos individuos.

La actuación de los *laborantes* germanófilos y franco-anglófilos, patentizan aun más el actual peligro de la guerra.

Pero los anarquistas, consecuentes en nuestros principios, hemos de desbaratar cuantas maquinaciones hagan unos y otros, procurando apartar de este peligro al pueblo español.

Por encima de todas las *dignidades*, aun de la «dignidad nacional» estúpidamente invocada por *La Aurora Social*, de Oviedo, está la dignidad humana y la del proletariado español.

Octavio Mirbeau

Ha muerto con la última satisfacción de haber visto que la vida ha confirmado implacablemente su obra fuerte y cruel.

Al principio de su carrera, «El Jardín de los suplicios» fué ya un símbolo; libro de lodo y de sangre, «dedicado a los hombres que juzgan y matan», en él se resume la filosofía de un profundo rebelde.

Este fantástico jardín donde florece el sufrimiento, no es sólo de la China, ocupa toda la tierra y nuestras ciudades se pierden en él.

El hombre es siempre en todas partes el verdugo del hombre y el peor verdugo es el que llega a ser *artista*: el civilizado. Dos instintos le dominan: el instinto sexual, que es la misma necesidad de perpetuar la vida, sola razón de existir de la individualidad pasajera, y el instinto del crimen, atávico éste, nacido de la vieja costumbre de perseguirnos mutuamente de un modo *asaz*, sanguinario... Los más cultos de los hombres ¿no son acaso cazadores?... La necesidad de verter la sangre de la bestia no es más que una consecuencia de nuestro deseo de matar. ¿Por qué sino deleitarían las corridas de toros, la literatura sádica, los bellos crímenes, el ser simplemente soldados? Con antifaz, con guantes y con la hipocresía en los labios vamos tranquilamente de uno a otro crimen. Se expoliamos y se reducen al hambre razas enteras, las razas de los pobres, y al mismo tiempo se elogia la filantropía, la honradez y el respeto a las leyes. Se destruyen ciudades enteras, se llega al paroxismo de las invenciones militares y a la vez se puede ser cristiano o socialista. Además se hace literatura épica, afirmando que «la guerra es la regeneración», que «la guerra nos crea un alma sublime» (1).

Viene el anarquista que arranca las caretas! Tal fué Mirbeau. En el fondo de sus obras se ven siempre pasar juntos, en complicidad, la lujuria y el crimen. Son las potencias que nos dominan; a sus pies se agita la repugnante multitud. Impresión de profundo asco produce el alma humana, tan crudamente puesta al desnudo por la clarividencia de este gran analista que llega hasta el desprecio de sí mismo. Realmente el hombre es demasiado vil y por eso Mirbeau es un gran desilusionado y su filosofía es amarguísima.

Es preciso ver agitarse sus personajes, recogidos en la calle, en los salones, en las academias y aún en los tronos. Han de leerse «Memorias de una doncella», «Los 28 días de un neurasténico», «628-E-B». Cuando uno siente vacilar en sí el deseo de rebeldía, libros así hacen huir de las melosas hipocresías y aún descendiendo a ese fondo pestilente que encierran, si todavía el corazón es bastante joven, se volverá a pensar con más fuerza que la única excusa para vivir en un mundo que

produce tales hombres y tales horrores es la de trabajar individualmente, según sus propias fuerzas, a su destrucción, empezando primero por transformarse a sí mismo para no tener nada de común con él...

Los personajes de Mirbeau son burgueses, políticos, ministros, camineros, aldeanos pillos, gentes de la calle. Igualdad en la indecente vileza, todos son hermanos y forman el infinito rebaño donde los imbéciles son los más numerosos y los grotescos los mejores. Mirbeau ha sido de los que no han respetado nada. Detrás de los fantoches que tomaba en sus robustas manos para desnudarlos, alcanzaba a los mismos principios que crean este mundo y a las ideas, o mejor, a las frases que tratan de justificarlo.

Ha descrito la escuela que enerva y pervierte; la guerra, no la de los grandes rotativos, por la que viven, sino aquella en que se recibe la muerte de mil innobles maneras, sin comprender por qué; la que constituye el más admirable de los suplicios inventados en el jardín de la tierra. Ha flagelado a los filántropos y a los hipócritas, a los charlatanes y a los necios. Aún me parece leer esta escena entre un ministro y un maestro cantor (¡otro maestro cantor!) antiguos compadres, por no decir más: El ministro habla de Patria, de una gran empresa, promete la Legión de Honor y su discurso le inflama tanto, que el farsante toma el aspecto de creerse a sí mismo... También veo la noble silueta del rey de los belgas, con su barba de patriarca y su cabeza de viejo galante callejero y es el comerciante del caucho rojo. «Sangre de negros sufre en todos nuestros neumáticos.» Creo oír la voz trémula de este viejo emigrante judío a quien Mirbeau interrogó en Anvers y que le dictó su horrible narración de persecuciones y matanzas, que fueron presididas por este zar que defiende ahora una famosa civilización...

En dos libros, que no podemos dejar de citar, «Sebastián Roch» y «El Abate Julio», ha descrito toda la miseria del Deseo y del Amor profanados por las costumbres católicas. Cierto, no se ha escrito algo más fuerte contra el celibato de los clérigos, en favor de la humanidad mutilada por la teocracia. Todavía aquí el gran decepcionado da la medida de sus fuerzas. Sus sacerdotes, en los que la castidad exaspera a la bestia humana, conduciéndola al peor vicio, son contra su Iglesia implacables acusadores.

Es demasiado monstruoso. Leyendo estos libros se siente uno rodeado de lodazales pestíferos y una especie de piedad le inspira el que escribió tales cosas. Se pregunta uno qué caudal de sufrimiento debió contener este corazón de poeta y se entristece uno al verle tan enfermo... Mirbeau ha afirmado tristemente: «¿Qué hombre, aún entre los de menos genio, puede vanagloriarse de no estar loco o enfermo?»

Durante toda su carrera fué de «los nuestros». En una época en que el solo hecho de simpatizar abiertamente con los teóricos anarquistas predisponía a consecuencias calamitosas, Mirbeau prefirió el libro de Jean Grave «La Sociedad muriente y la Anarquía». En los periódicos, y hasta en la Audiencia, defendió los hombres y las teorías del nuevo ideal. Y más tarde, mientras muchos otros que también habían sido de «los nuestros» se ahogaban en un plato de exagerado burguesismo, él continuó sin cesar sirviendo a la misma causa. No fué de la Academia, como Richépin, ni se hizo espiritista, como Paul Adam, ni se arrepintió como el difunto Tailhade. (Pero ¿es realmente bien muerto Tailhade?)

Nuestra lógica le sedujo y guardó en el fondo de su sensibilidad un poco de esta luz ideal que hace a veces comprender a los más decepcionados nuestras vastas esperanzas. En la mayor parte de sus libros se encuentra alguna página de pura poesía, impregnada, a pesar de todo, de confianza en el lejano porvenir. Además, ¡qué imortal! Aunque fuésemos vencidos para siempre, nosotros que queremos la vida libre, sana, purificada para todos, tendríamos razón de desearla. Mirbeau lo comprendía bien y así en uno de sus libros encontramos el generoso logismo de

unas líneas escritas a dos páginas de distancia:

«Cuanto más penetro en la vida, más veo que cada uno es el enemigo de cada uno... todo lo que haya de los hombres sobre la tierra estará dominado por la ley del crimen de sus sociedades...» y más adelante dice: «tengo gran piedad de la desgracia humana... Y puesto que el rico, es decir, el gobernante, está ciegamente siempre contra el pobre, yo estoy también siempre ciegamente con el pobre contra el rico, con el explotado contra el explotador, con el enfermo contra la enfermedad, con la vida contra la muerte.»

Cierto, combatió a nuestro lado armado de su gran talento, de su potencia creadora, de su enorme ironía dolorosa, de su exacta clarividencia. Perdónese-me esta imagen algo forzada: profundizó en nuestras llagas con el hierro rojo. Nos mostró la infecta bestia humana, tal como es, cuando se ponen al desnudo sus bajos instintos...

Desde hacia largos meses permanecía callado, asistiendo a la inmensa hecatombe. Más allá de cierto límite, nuestra sensibilidad se embota y ya no hay ni indignación, ni cólera, ni rebeldía, ni siquiera asco... La guerra nos ha conducido a este límite. Mirbeau seguía mudo.

Ahora que no existe, los periódicos publican su testamento político; una página como otras muchas que se han dado a luz desde que un huracán de locura se ha desencadenado sobre Europa y quiere extenderse a América. «Es preciso—ha escrito—que cada uno descubra, como yo, que la patria es una realidad... Alemania, por su monstruosa agresión ha tomado parte en el Crimen... Francia se ha situado en el bien... A pesar de nuestras taras individuales, colectivamente hemos dado pruebas de un alma magnífica...»

Sin duda, las patrias que asesinan millones de hombres son *realidades*; Alemania ha vuelto a situarse en el crimen, como todos los Estados en todos los tiempos, ni más ni menos que Inglaterra cuando cometió el gran acto de expoliación armada en el Sud de África; lo mismo que la Rusia zarista que desde hace cincuenta años martiriza a la otra Rusia, a la de los aldeanos, de los obreros y de los pensadores, como otras muchas que podrían citarse, si de algo sirviera hacerlo.

Nadie lo piensa, pero la mayor parte de los críticos libres que han formado nuestros espíritus, son aun prisioneros del medio social que nos han enseñado a combatir y del que hemos podido salir gracias a la libertad de miserables que poseemos. Desencadenada la tempestad, las multitudes, entusiasmadas por las antiguas ilusiones, levantadas por sentimientos atávicos de una irresistible fuerza, dominadas además por la necesidad y tiranizadas por el Estado-déspota, han consentido en la guerra. ¿Por qué tanta extrañeza?...

Y numerosos han sido los que no han sabido separarse de la consciencia colectiva en unas horas apasionadas. Pero mientras morían sacrificados diariamente los más jóvenes, los más valientes, mientras las naciones enteras, a la vez entusiasmadas y resignadas, consentían a todos los sacrificios ¿cómo era posible aislarse? La fe, el dolor, la emoción comunes, son fuerzas dominadoras contra las que el pensamiento individual está con frecuencia desarmado. Es triste, muy triste...

Y sin embargo, no hay verdadera claridad fuera de la consciencia del hombre solo.

Por eso hubiéramos preferido que Mirbeau hubiera continuado por encima de tanta miseria, que delante del viejo mundo corrido por la guerra, hubiera podido repetir las palabras de aquel otro anarquista crucificado: «Yo no soy de este mundo.»

Así hubiera acabado su vida, de acuerdo con su obra y su pasado. VICTOR SERGE

Traducción de Costa-Iscart.

Obreros albañiles y similares de España

Por dignidad y solidaridad a los huelguistas de la Poble de Lillet

BOICOT

al cemento Island

(1) I. de Gachons, M. Barrés.